

De novedad tambien y que realzaba el tipo de la rubia y bellísima jóven que lo lucia, era un vestido de granadina azul muy claro. Un ancho volante guarnece la falda, y la cabecilla la forma una banda de picos, bordeados con seda azul. La sobrefalda era de granadina color barquillo muy claro, con picos bordeados con seda azul; esta sobrefalda está drapada, y forma puff.

Chaqueta larga ajustada, cerrada por delante con lazos de cinta azul; bieses azules adornan el pecho y las mangas.

Un sombrero de paja de arroz adornado con cintas azules y primaveras, hacia aún más juvenil y sonrosada la fisonomía de la graciosa jovencita.

El fular es otra de las telas que están en voga, y que verdaderamente la merecen, pues se presta á las combinaciones más encantadoras: lisa la primera falda con túnica Pompadour, es elegantísimo: con polonesa de color crudo es distinguido, con multitud de volantes y lazos, y túnica Luis XV, nos parece haber retrocedido de algunos siglos y encontrarnos en los pintorescos jardines de Trianon, en medio de la corte que presidia la Delfina, más tarde la reina María Antonieta.

En trajes de percal, medio-piqué ó telas, en fin, de precios módicos, aconsejamos la polonesa adornada con trencillas blancas ó de color, y la primera falda, sea lisa ó bien con dos ó tres volantes encañonados, en cuyo caso se añadirá uno al borde de la polonesa, ó picos; pero entonces la cabeza del último volante tambien se hará con picos.

Para estos trajes sencillos pueden servir casi todos los modelos, y con un velito, pluma, un manto de granadina de seda con velo imitacion, ó una toquilla Luis XV, se completa un traje modesto, pero de buen gusto.

Dedicaremos algunos renglones á los niños.

Lindísimo era un traje para niño de seis á ocho años: pantalon bombacho de lana dulce gris, adornado con terciopelo negro en las costuras y en el borde: la blusa está cortada de modo que cierra á un lado con botones de terciopelo, y las mangas tienen aberturas, por las cuales salen bullones de terciopelo. Un cinturón de terciopelo negro ajusta la blusa. Otro trajecito para niño de seis años era de poplín de seda, color gris muy claro, adornado con terciopelo azul, dispuesto de modo que figura en el pecho gruesos cordones cruzados con borlas de seda azul en los extremos. Las mangas tenían carteras azules: en lugar de chaleco, una camiseta plegada.

Para niña de cuatro años, aconsejamos un trajecito de poplín marrón claro, adornado con bieses de seda azul formando ondas. El corpiño-chaqueta con escote cuadrado sólo por delante, con mangas y camisolín de batista. Sombrero marrón con pluma azul y botitas marrón.

Las niñas de ocho, diez y doce años, usan tambien para las tardes frescas *dolman* de cachemir blanco, adornados con terciopelo negro.

Nos escriben de Paris, que se ha descubierto una nueva tela fabricada con la corteza de árbol, y que lleva por nombre «Swatov», sobresaliendo en los colores crudos ó habana; y siendo notable porque al mismo tiempo que es delgada y ligera, su duracion no deja nada que desear.

No concluiré mi revista sin recomendar á nuestras lectoras el *Aguá nacarada de Ortells*, fresca para el cutis, al que presta blancura y juventud.

¿Pero y las servilletas mágicas de Gard? ¿Descuidaríamos de recomendar ese descubrimiento tan útil y necesario en las casas?

Una señora, aun cuando sea en su gabinete, puede ocuparse en limpiar su plata, sus alhajas y los objetos que decoran su mesa, en cuyos cuidados se distinguen las señoras inglesas.

La servilleta mágica dá el brillo de nuevo al metal blanco, al plaqué, á la plata, al oro, al cobre bruñido, á todos los metales, menos al hierro, y con sólo ocuparse una vez por semana.

Con la servilleta mágica no se necesitan ni pasta, ni polvos que manchan los dedos, el suelo ó la ropa, y cuando ya está deteriorada por el uso, puede dedicarse á la limpieza de objetos de cocina, sean de cobre, estaño ó metal de otra clase, y una vez lavada, limpia admirablemente los espejos y los muebles, de modo que son útiles siempre.

La servilleta mágica de Gard, cuesta 4 reales una en esta Administracion, único depósito en España.

II.

Preciosos dibujos hemos presentado á nuestras lectoras en la hoja que con el número 39 hemos repartido, y en ellos encontrarán guirnaldas y cenefas para sábanas, esquinas para las mismas, caprichosos nombres, óvalos para pañuelos, originales dibujos para bordar en litografía y para pecheras de camisas.

Esperamos que las señoras suscriptoras del FIGURIN habrán quedado complacidas en sus deseos, pues varios de los dibujos eran solicitados, y correspondiendo tambien á estos deseos, dedicamos el presente número, especialmente á labores.

Primeramente, y como objeto de novedad, verán el jarrón chino con armazon de bambú, y cuya altura es de 25 centímetros.

El dibujo para ejecutarlo sobre cachemir, con sedas y oro, representa un chino atravesando un puente y llevando en la mano un nido de pajarillos. En un extremo se vé un kiosco chino y á los piés un arroyuelo que con las flores forma un paisaje encantador. Los colores deben de ser muy vivos para realzar el dibujo, y el buen gusto y capricho, completan esta elegante labor.

Una vez concluido el bordado, se tiende sobre el carton que debe acompañar al armazon de bambú, y en el interior se coloca un jarrón de zinc para el agua y las flores: dos jarrones pequeños iguales puestos sobre una chimenea ó una consola hacen lindísimo juego en una sala de recibo.

No menos linda es la jardinera-aparador, la que debe tener 21 centímetros de larga por 16 de alta. En ella deben colocarse esas plantas que son propias para maceteros pequeños, pudiendo colocar cuatro en cada serie: el armazon es de bambú y se adorna con bandas de tapicería, bordadas con sedas y segun marca el dibujo, grabado número 6.

La bonita estrella de crochet, que representa nuestro último grabado, es á propósito para formar paños de butaca, con algunas estrellas, y la pequeña es la que llena los huecos que dejan los grandes: se emplea algodón fino y una trencilla inglesa con los extremos calados.

Todas las labores descritas no encierran dificultad ninguna, y su efecto es delicioso.

La Baronesa de Wilson.

LA VUELTA DEL DESTIERRO.

(LEYENDA.)

¿Quién es aquel infanzon,
Cuya espada y fuerte lanza
En su diestra un rayo son,
Que impávido y firme avanza
Por la orilla del Jalon?

Corona un gentil plumero
Su áureo yelmo; en su pavés
De bruñido y terso acero,
Brilla una cruz, y á sus piés
Dice un lema:—*En ella espero.*

Su armadura empavonada
De oro fino, y guarnecida,
Va en labores mil ornada:
Y al pecho lleva ceñida
Una banda colorada.

Más veloz que el pensamiento
Rige un brioso alazano,
Que de espuma el paramento
Salpica, al sentir la mano
Sobre el duro pavimento.

Fuego se ven despedir
Sus narices encendidas,
Y en el raudal escape, al ir
Con la cola y crin tendidas,
Se oye el ronco arnés crugir.

Aunque el noble campeon
Con la celada procura
Velar la faz, su alto airon,
Su ancho escudo y su armadura
Muestran bien que del Cid son.

El es: en la lid sin par,
Cual sin par en el torneo,
El rey Alfonso á llamar
Le envia, y es su deseo
Como bueno, ante él llegar.

Su fin toca el dia en tanto;
Iracundo el viento muge;
La noche tiende su manto;
Y el trueno en las nubes cruge;
Mas nada al héroe dá espanto.

De repente, en son lloroso,
Oye un lúgubre gemido:
Un relámpago horroroso
Brilla, y ve en el cieno hundido
A un miserable leproso.

A él va al punto. Del lozano
Bridon salta, y de amor lleno,
Le dice:—Dame la mano;
Por la cruz del Nazareno,
Levántate.—¡No estoy sano!!!

—Apóyate en mí. ¿Do está
Tu habitación?—¡Muy lejana!!!...
—Pues guía y vamos allá,
Que la Virgen soberana
Nuestro amparo y luz será.

Dijo: en los brazos tomó
Compasivo, al hombre aquel;
Ante sí le acomodó,
Y á su rápido corcel
Dando rienda, el aire hendió.

En tal punto, la tormenta
Estalla más ruda y fiera,
Y á par de ella su violenta,
Velocísima carrera,
Suelto el freno, el potro aumenta.

Y así, dél arrebatado,
Montes, valles, espesuras
Y rocas, ve el Cid pasmado,
En mil extrañas figuras,
Rodar á uno y otro lado.

De improviso el firma nento
Se estrella; su furia pierde
La borrasca: el rudo viento
Enmudece, y de una verde
Fronza se orna el pavimento

Entonces aquel leproso
Tan súcio, súbitamente
Brilló más que el sol hermoso,
Y en el aire trasparente
Dejó un surco luminoso.

Y en pos dél al extender
Su vista en la azul esfera,

Quedó el Cid absorto al ver
Que el leproso un ángel era
Que su guía vino á ser.

Ardiendo en fé y santo amor,
Su pendon glorioso alzar
Jura el Cid Campeador,
Y al pié de la Cruz postrar
Al Islam engañador.

En esto, de Búrgos vió
Las torres: en la presencia
De Alfonso á poco se halló:
Honróle el rey, y á Valencia,
Fiero asalto á dar voló.

Y al valiente almoravid,
De sus muros arrojando
Después de reñida lid,
Victorioso en ella entrando,
Cumplió su promesa el Cid.

Antonio Miguel Romero.

Villanueva de la Serena, 12 de Junio de 1872.

LA MONTAÑA MALDITA,

POR LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion.)

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, alguna de las muchas veces que ve á su ternera blanca tan magníficamente alojada. Jamás al preparar el abrigo de la bestia favorita, se le ha venido á la mente la desnudez y la miseria en que se encuentra la que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increíble se hace semejante indiferencia en el corazón de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle aunque infructuosamente, algún linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana,—agriada por el infortunio,—se haya vuelto regañona y arisca, hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; cuantos la conocen, ponderan la blandura de su condicion, los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. Pero, ¿caso los vicios de Walter, le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! tampoco; el gran pecado de aquella infeliz, es su excesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Supondremos, pues, que se avergüenza éste de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que castiga la falta cuyo fruto ha sido él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis, es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud; toda vez que no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada mujer, cuidándose más de su ternera blanca que de la desvalida madre, que no tiene lecho bajo el cual guarecerse.

—Habitó,—decía jactanciosamente el propietario de la Blumlisalp,—en la más fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la más hermosa res que ha nacido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente,—le respondió un dia su vecino Nicolás Heber,—porque también os ha dado la mejor madre que existe en el mundo.

Walter se desentendió; mas nunca desde entonces volvió á convidar á Nicolás á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era una apariencia engañosa.

Cuando algunas comadres solían preguntarle,—maliciosamente,—por qué tenía el capricho de no querer vivir con un hijo tan excelente como pintaba al suyo,

—¿Qué quereis?—respondía ella,—por mucho que se amen dos personas, no siempre congenian lo bastante para

asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo, y él, por su parte, se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si llevando más lejos la curiosidad ó la barbárie, le preguntaban enseguida á cuánto ascendía la pension que le tenía señalado su opulento hijo para que pasase en holgura su achacosa vejez, aseguraba con prontitud serle tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas lo permitían.

—Tengo lo necesario,—añadía,—y no he menester que Walter se prive de nada por mí. Bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la Providencia; pero soy más dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase,—colmada de sus dones,—una vejez ociosa.

De este modo se expresaba por lo comun la desgraciada madre; mas quejábese amargamente al cielo cuando podía hacerlo sin testigos.

—¿Qué le he hecho, Dios mio,—exclamaba,—para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?

En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justas quejas, se le ocurría á Marta, que estaba excitando con ellas la indignación de Dios contra su hijo, y solía interrumpirse bruscamente, poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter.

—Yo lo he echado á perder, bendito Dios,—prorumpía sollozando:—he sido una madre débil, y obráis con toda equidad al imponerme por pena mi pecado, el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque no hace más que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegación no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casa estaba muy lejos de encontrarse habitable.

(Se continuará.)

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

—¡Gracias, Dios misericordioso!—exclamó la infeliz joven.

Volvieron á sentarse.

¿Qué habían conseguido?

Nada, porque el señor de Velardi debía saber muy pronto lo que acababa de suceder.

Alberto conocería el terrible secreto; pero conocerlo no era tener los medios de salvar al desgraciado hijo de la baronesa.

Ningun buen resultado produciría emplear la fuerza contra el señor de Velardi.

Era preciso entablar una lucha de astucia, y en este terreno no tenía rival el hombre misterioso.

La baronesa cumpliría lo prometido, y al día siguiente saldría de Madrid.

Esto haría doblemente difícil su situación.

Y aunque Alberto trabajase sin descanso, el plazo terminaría, y el señor de Velardi no vacilaría para dar el golpe

terrible, sin contar con que podía descargarlo antes de que el plazo terminase.

¿Para qué hemos de escuchar la conversacion de la baronesa con Alberto?

Ella había decidido dar á conocer su situación, y así lo hizo.

Entretanto el traidor sirviente se encaminaba á la vivienda del señor de Velardi.

No necesitaba estas muchas explicaciones para apreciar con toda exactitud la situación.

Escuchó atentamente al criado, y sin perder la calma, dijo luego:

—Se han entendido... Peor para ellos.

Despidió al sirviente y reflexionó.

Al otro día y cuando la baronesa se disponía á partir sin haberse despedido de nadie, se presentó el hombre misterioso.

No estaba aquella mañana turbado, sino que conservaba toda su tranquilidad verdaderamente espantosa.

—Señora,—dijo,—no quiero explicaciones, porque todo lo adivino.

La viuda fijó en él una mirada de odio y de desprecio.

El señor de Velardi

añadió:

—Se ha puesto usted de acuerdo con ese hombre; quieren ustedes luchar...

—Sí,—dijo ella resueltamente.

—No volverá usted á verlo antes de que termine el plazo.

—¿Quién me lo estorbará?

—Yo, que soy dueño de la suerte de su hijo de usted.

—¿Piensa usted seguir espiándome?

—Sí; pero no como antes, porque ya es inútil el disimulo, y tendrá usted que soportar á su lado á una persona de mi completa confianza.

—¿Y esa persona?...

—Se le presentará á usted hoy mismo con una carta mia.

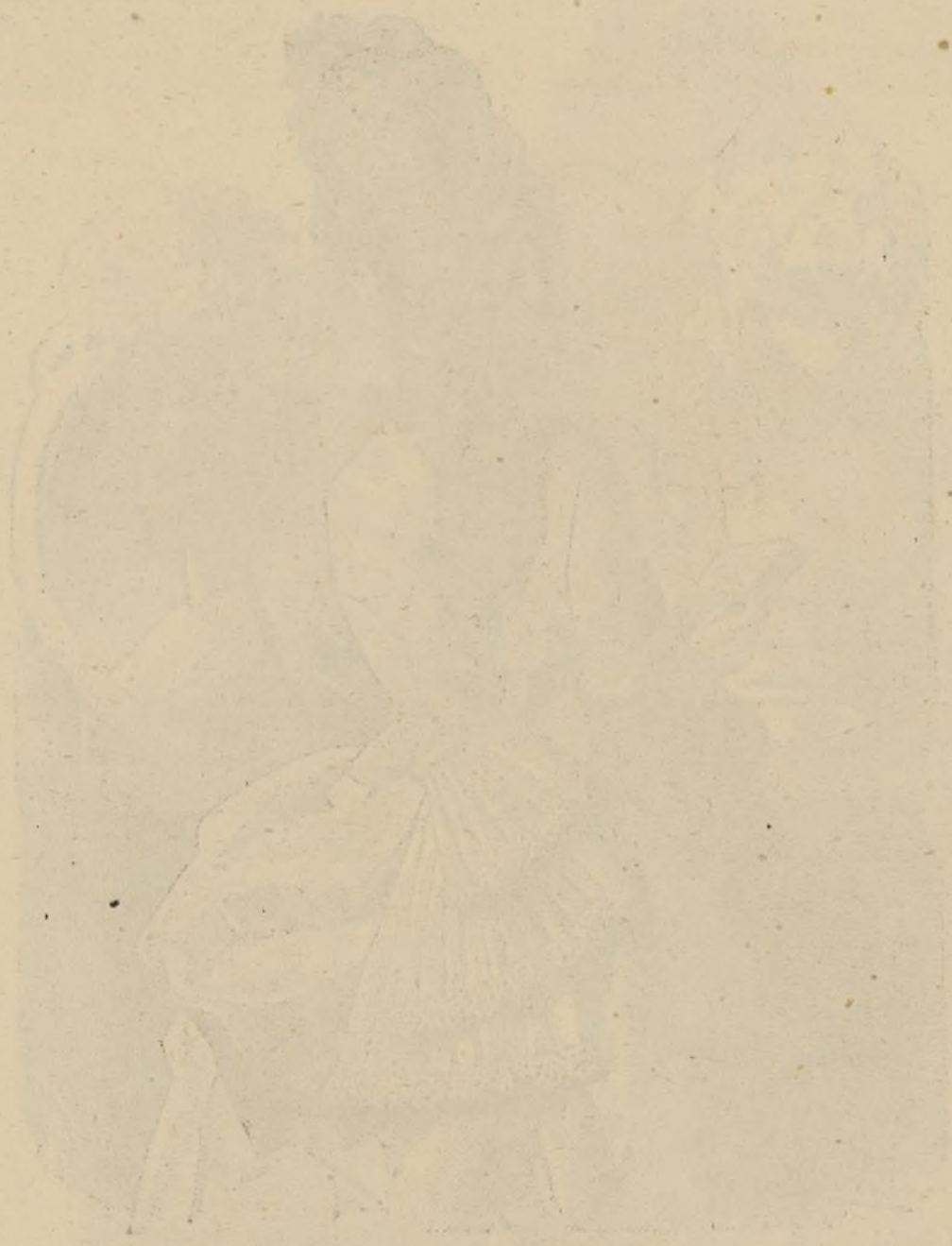




EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION, CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

28-72



EL AYUNTAMIENTO DE MADRID

ADMINISTRACION DE LOS SERVICIOS MUNICIPALES

1938

—Ya es demasiado...
 —Aun es poco.
 —No sufriré...
 —Si usted quiere, consideraré que el plazo ha concluido,—replicó friamente el señor de Velardi.
 ¿Qué había de hacer aquella madre infeliz?
 Lo mismo que siempre, tuvo que someterse entonces.
 —Está bien,—dijo con breve acento.
 —En cambio la molestaré á usted con muy pocas visitas.
 —Gracias, caballero,—dijo la viuda con ironía.
 —He concluido.
 No hablaron más.
 El señor de Velardi se despidió cortesmente, y salió sonriendo segun su costumbre.
 Una hora despues se alejaba la baronesa de Madrid.
 Cuando fueron sus amigos á visitarla supieron con

sorpresa que la encantadora viuda había partido sin decir á dónde iba ni cuándo volvería.

Esto fué considerado como una de tantas excentricidades de aquella mujer singular.

Hicieron muchos comentarios; pero los curiosos y murmuradores tuvieron que contentarse con las suposiciones que hacían, pues era imposible que adivinasen la verdad.

CAPÍTULO X.

Plácido vuelve á representar un gran papel.

La baronesa se instaló en su casa de campo.

Nadie hubiera podido conocer en su rostro lo que sufría, sino que por el contrario, parecía muy satisfecha.

Esto consistía en que había hablado detenidamente con Alberto, y ambos habían trazado un plan que hubiesen producido el mejor resultado si el señor de Velardi no hubiese sido tan astuto y previsor como era.

Aquella misma tarde la doncella entró en el aposento donde su señora se encontraba, diciendo:

—Acaba de llegar un hombre que quiere entregar á la señora baronesa una carta del señor de Velardi.
 Por un momento se arrugó el entrecejo de la viuda; pero luego dijo con calma:

—Que entre.

Se presentó Plácido, haciendo las más humildes reverencias y sonriendo con la dulzura que lo caracterizaba.

—Señora,—dijo,—tengo el honor...

—Deme usted la carta del señor de Velardi,—interrumpió la baronesa.

Y tomó el papel que le presentaba el esposo de Maricota. Leyó, y dijo despues:

—Mi amigo lo recomienda á usted para mayordomo ó cualquiera otro cargo de confianza.

—Y si la señora baronesa se digna aceptar mis servicios...

—¿Cómo se llama usted?
 —Plácido Sutil.
 —¿No le ha dado á usted instrucciones el señor de Velardi?

—¡Instrucciones!...

—Nadie nos escucha y podemos hablar claramente.

—Señora...

—Ha venido usted para espiarme... Cumpla usted su misión. En la apariencia será usted mi mayordomo, mi apoderado, la persona de mi mayor confianza. No puede el señor de Velardi desear más.

Plácido exhaló un penoso suspiro y dió á su rostro una expresion de tristeza profunda.

La baronesa sonrió desdeñosamente y dijo:

—¡Es usted un cómico hábil! No me sorprende, por que el señor de Velardi tiene acierto para elegir sus cómplices. Hemos concluido.

La viuda señaló hacia la puerta.

Hubiera querido hablar Plácido, pero no se atrevió.

Salió del aposento, y desde aquel día quedó instalado en la casa.

Con todos los criados se mostró muy afable, y todos creyeron de buena fé que el nuevo mayordomo era casi un querubín.

La primera ocupacion del esposo de Maricota fué examinar el terreno, y recorrió toda la casa, haciéndose cargo de su distribucion y hasta de su mueblaje.

El señor de Velardi no había contado con esto, y si había contado, no había previsto lo que debía de suceder.

Plácido era observador por naturaleza y por costumbre, y observador inteligente, pues de otro modo no hubiera podido representar un brillante papel en la policía secreta.

Como uno por uno fué examinando los cuadros en todas las habitaciones, detúvose también ante el retrato que en Madrid había llamado la atención de Alberto, y que la baronesa no había olvidado llevar á la casa de campo.

Mirar Plácido aquella fotografía y exhalar una exclamacion de sorpresa, todo fué uno.

Era un retrato del niño que tenía en su poder, un retrato de la inocente víctima del señor de Velardi y de Maricota.

El señor Plácido había creído siempre que hubiera podido hacer un gran negocio, conociendo á los pabres de aquella criatura.

Pensó en las circunstancias particulares de la baronesa y en las extrañas relaciones que con esta tenía el hombre misterioso, y no le quedó duda de que la viuda era la madre del niño.

Entonces pudo explicarse lo que antes le parecía incomprendible. Inmóvil y con la mirada fija quedó frente al retrato.

Quiso adivinar lo que no sabía, y para conseguirlo hizo suposiciones y deducciones.

Grabado núm. 3.



Plácido tenía una imaginación ardiente y fecunda.

Absorto en sus reflexiones, se olvidó de todo lo demás, y cometió la imprudencia de decir alguna vez en alta voz lo que pensaba.

—No puedo dudar, —murmuró:— la edad no es la misma; pero esto no importa. ¿Y qué interés tiene el otro en guardar al niño?... ¡Oh!... Ahora comprendo por qué ha querido entenderse con Maricota, y si no fuese por lo que es... Pero no me atrevo, porque mi vida está en sus manos... Observaré, reuniré antecedentes, y si la ocasión se me presenta, la aprovecharé.

Así pensaba y hablaba Plácido, cuando sintió que una mano se ponía sobre su espalda.

Estremeciéndose violentamente, volvió la cabeza y dejó escapar un grito.

La baronesa clavaba en él espía una mirada penetrante y dominadora.

Tal vez la joven había escuchado las últimas palabras del esposo de Maricota, y si había sucedido así, la situación debía cambiar.

Tembló convulsivamente Plácido.

Su rostro se había tornado lívido.

Hizó un esfuerzo para sonreír.

—Ya es inútil el disimulo, —dijo la baronesa.

—¡Disimulo!... No entiendo á la señora, —replicó Plácido, que empezaba á reponerse de su sorpresa.

—Eres un miserable, como el que te pagó.

—No sé lo que soy: siempre me he tenido por un hombre honrado...

—Ven.

La joven había adoptado una resolución.

Si el señor de Velardi se hubiera encontrado allí, la habría mirado compasivamente y hubiera desplegado una sonrisa burlona.

Plácido obedeció, siguiendo á la baronesa.

A los pocos minutos esta se detenía, abrió un precioso mueble de forma caprichosa, y dejaba ver un paquete de billetes de banco y muchas monedas de oro.

Relumbraron con el fuego de la codicia los pequeños ojos de Plácido.

Lo que sintió no puede hacerse comprender.

Algunas gotas de sudor frío corrieron por su frente.

La baronesa se sentó, volvió á fijar su mirada intensa en el hipócrita, y dijo como quien tiene la seguridad de no equivocarse:

—Mi hijo está en tu poder.

Plácido guardó silencio y miró alternativamente á la baronesa y al cajón donde estaba el dinero.

Luego exhaló un suspiro.

—¿No me entiendes? —preguntó la viuda.

—La señora será indulgente y perdonará mi torpeza.

—¿Olvidas que he visto lo que hacías y que he oído las

palabras que imprudentemente has pronunciado? —dijo la baronesa con tono amenazante.

—Nada olvido, señora.

—Pues bien, basta de fingimiento, porque lo adivino todo.

—Aun no entiendo.

—En tu poder está mi hijo, ó por lo ménos sabes dónde se encuentra... ¡Oh!... no comprendes de todo lo que es capaz una madre cuando se trata de salvar á sus hijos, y por consiguiente...

—Señora, señora...

—Abreviemos, —replicó la baronesa, que empezaba á sentirse profundamente agitada.

Plácido tembló, porque no se le ocultaba que la situación era muy crítica.

La viuda prosiguió diciendo:

—Por mucho dinero que te dé el señor de Velardi, yo te daré más. Toma cuanto quieras, pídemelo cuanto te se antoje; pero devuélveme mi hijo.

Repentinamente cambió de expresión el rostro de Plácido.

Había adoptado una resolución, y debía ponerla en práctica sin vacilar.

Si se le presentaba la ocasión de hacer un buen negocio, ¿por qué no aprovecharla?

—Señora, —dijo con una dulzura sin igual, —he nacido para ser bueno, y hacia el bien me inclina mi corazón; pero las circunstancias, que son muchas veces un tirano cruel, han dispuesto otra cosa. Si la señora baronesa conociese mi triste historia, en vez de acusarme, me compadecería.

—A mí también las circunstancias me obligan á parecer lo que no soy.

—¿Podemos entendernos?

—Creo que sí.

—Ignoro si la señora baronesa tiene algún hijo.

—Lo tengo y me lo han robado para obligarme á lo que jamás cederé.

—¿Cuánta maldad, cuánto crimen! —exclamó Plácido con lastimero tono.

El retrato que acabais de ver, es el del hijo de mis entrañas.

—Lo supongo.

—¿Por qué lo reconocías?

—Antes de contestar, me permitiré hacer algunas advertencias.

—Sepamos, —dijo la viuda.

—Estoy decidido á decir la verdad; pero me es imposible hacer traición al señor de Velardi, porque tiene sobrados medios para vengarse horriblemente.

—Yo te protegeré.

—Aun no sabe la señora baronesa lo que es el señor de Velardi.

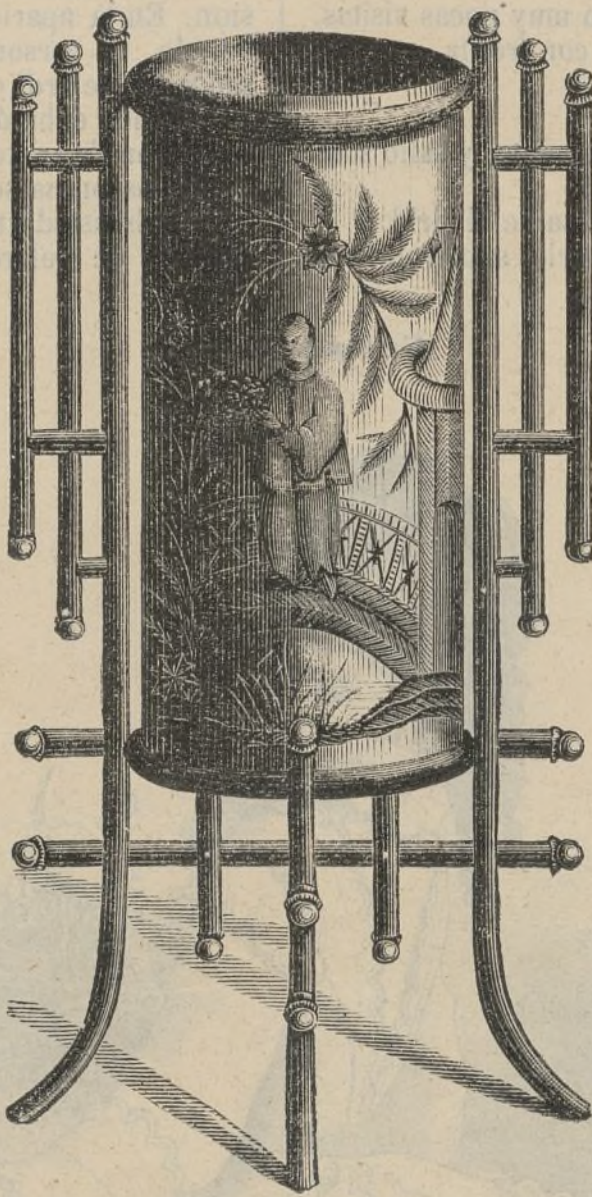
—Por mi desgracia lo conozco demasiado bien.

—No.

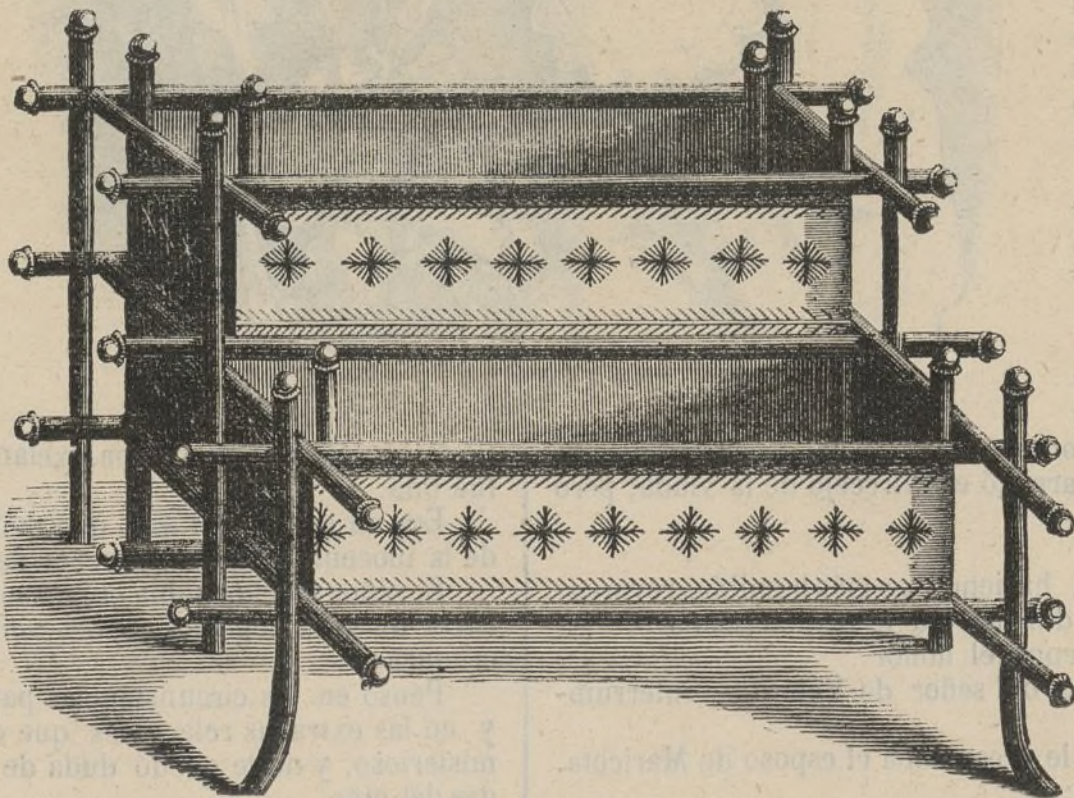
—Devuélveme mi hijo...

—Imposible.

Grabado núm. 4.



Grabado núm. 5.



—¿No está en tu poder?

—Como si no estuviese.

—Explicate

—Daré á la señora noticias de mucha importancia, y si por mi buena voluntad quiere recompensarme, le viviré agradecido; pero no puedo hacer más en su favor, sino que por el contrario, diré al señor de Velardi que se ha querido poner á prueba de oro mi lealtad, y le referiré con toda exactitud cuanto ha sucedido.

La viuda se convenció de que no adelantaría más de lo que había adelantado, y respondió:

—Me conformo.

Volvió á suspirar Plácido, dirigió en torno suyo una mirada recelosa, acercóse más á la viuda, y dijo:

—Tengo una mujer que en nada se parece á mí, porque es codiciosa y no hace nada desinteresadamente.

La viuda fijó en su espía una mirada de extrañeza, diciendo:

—¿Y qué me importa tu mujer?

—Grande y justa debe ser la impaciencia de la señora; pero por su bien le suplico que se domine.

—Piensa qué se trata de mi hijo.

—Lo tengo presente; pero si he de hacerme entender, si algun buen resultado ha de producir esta conversacion, es preciso que me explique con toda claridad y franqueza, y sin omitir ningun detalle ni antecedente.

Hizo la baronesa un esfuerzo como tal vez no lo había hecho nunca.

Ya tenía la seguridad de que su hijo se encontraba en Madrid, ó lo que es igual, muy cerca de ella, y por consiguiente le era muy difícil contener los impulsos de su maternal corazón.

Empero estaba muy acostumbrada á sufrir, y además creyó que aquel era el último esfuerzo, así como también supuso que era el último sacrificio rebajarse á tratar con el espía.

—Ya escucho,—dijo la infeliz.

Y fijó una mirada afanosa en Plácido.

Este prosiguió diciendo:

—El señor de Velardi nos entregó un niño, sin que yo haya podido adivinar lo que se proponía.

—Pero al fin...

—He venido para espiar á la señora baronesa.

—Dime dónde está mi hijo, y te daré mucho más oro del que has podido ambicionar.

Plácido hizo un gesto de disgusto, y replicó:

—El señor de Velardi no hace las cosas á medias.

—Sin embargo, en esta ocasion...

—Lo ha previsto todo lo mismo que siempre.

—¿Y en qué consiste su prevision?

—Me conoce demasiado bien y sabe que no tengo el corazón de piedra; era muy fácil que los sufrimientos de una madre desgraciada me conmoviesen hasta el punto de arrosar todos los peligros para cumplir mi deber, y cuando salí de mi casa, se quedó el señor de Velardi en íntima conferencia con mi mujer. De seguro á estas horas mi mujer y el hijo de la señora baronesa han cambiado de habitacion, y sería inútil que preguntásemos á los vecinos.

La viuda se sintió anonadada.

Creía que había triunfado, y nunca había sido tan crítica su situacion.

Plácido no debía mentir.

El señor de Velardi no confiaba en la lealtad de ninguna criatura, porque creía que todas eran susceptibles de venderse á mayor ó menor precio.

No, no era posible que aquel hombre astuto dejase el éxito de sus planes á merced de la fidelidad de un miserable como Plácido.

¿De qué le servirían ya á la baronesa los planes trazados hábilmente por Alberto?

Para desbaratarlos no tenía el señor de Velardi que hacer más que ocultarse, desaparecer.

Y si no conseguía ver realizados sus impuros deseos, al ménos se gozaría con la venganza, concluyendo con la vida del niño.

Le era muy fácil consumir este crimen, así como á la baronesa le era imposible evitarlo, por más que contase con la ayuda de Alberto.

Si Plácido no hubiera de devolverle su hijo, para nada tenía necesidad de estar de acuerdo con él.

Cogió la baronesa un puñado de monedas de oro, se las arrojó al criminal hipócrita, y le mandó salir.

Exhaló el esposo de Maricota un penoso suspiro, y desapareció, mientras murmuraba:

—Siempre las circunstancias se conjuran contra mí... ¿Cuándo dejará de perseguirme la desgracia?

Entregóse la viuda á los transportes de la desesperacion.

Presa del más profundo trastorno, pasó el resto del día.

Apenas cerró la noche, se dejó caer en su lecho.

Pocos minutos despues, decían los criados:

—La señora tiene fiebre.

Quisieron ir á Madrid en busca de un médico; pero ella se opuso, suponiendo que el trastorno pasaría en pocas horas.

A la mañana siguiente estaba peor la baronesa.

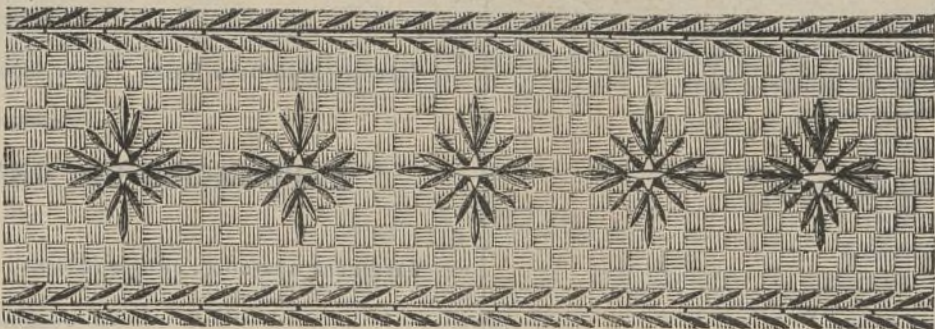
No se opuso ya á que se buscasen los auxilios de la ciencia.

Un carruaje partió para Madrid.

También Plácido envió una carta al señor de Velardi.

(Se continuará.)

Grabado núm. 6



Grabado núm. 7.



EL ROSAL Y EL LLORON.

ALEGORÍA.

(En un album.)

—Yo,—le decía al lloron
Un rosal,—produzco rosas
Que por lo puras y hermosas,
Del vergel las galas son;

Ellas prestan alegría
Y perfume al que las ama,
Mas tú, desmayada rama,
Inspiras melancolía.

—Verdad es,—dijo el lloron
Con cierto viso de enojos;—
Ellas hablan á los ojos;
Yo hablo más al corazon:

—Descuello como la palma,
—Con mis purpurinas flores,
Y sus fragantes olores,
Embriagan suaves el alma.

Exacta es la alegoría
Del rosal y del lloron;
Cármén es bella ilusion,
Elisa, melancolía.

Y lo mismo que sus flores,
Ambas son puras y hermosas,
Como las brillantes rosas,
Imágen de los amores.

Cármén cual el cisne canta,
Y oímos embebecidos,
Los prodigiosos sonidos
Que modula su garganta.

Pero nos cautiva Elisa,
Con su recta discrecion,
Y conmueve el corazon
Con su cándida sonrisa.

Baronesa de Wilson.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Vestido para paseo.—Falda de fular azul celeste, con un volante pequeño y debajo otro ancho de color más oscuro; dos cabecillas azul oscuro y dos de glasé blanco con terciopelos negros y una serie de picos blancos y azules, guarnecen la primera falda. Sobrefalda de granadina de seda con listas blancas y azules, con solapas de fular azul oscuro rizados de glasé blanco así como en el delantal de la sobrefalda. Chaqueta-gaban con bolsillos, solapas y carteras. Sombrero de paja de arroz con cintas y flores azules. Sombrilla baston de color crudo.

2.º Vestido para casino.—Vestido de seda rosa. Un volante guarnece la primera falda en toda su circunferencia, con cabecillas escaroladas y puntillas blancas *duquesa*, tres volantes más adornan la falda por detrás. Corpiño-túnica por delante, redondo por detrás: el delantal que forma la túnica tiene al borde un ancho encaje: berta formada con rizados y puntillas así como la manga. Grupos de rosas con follaje adornan el cabello: collar de perlas con medallon. Abanico de nácar con pais bordado.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

Vestido de faya color *pan tostado*. El corpiño es abierto por delante, redondo y con cinturon que forma por detrás caídas *abanico*, bordeadas con guipur blanco. Manga con cartera. Sombrero de paja negra, adornado con cinta negra y coral, con caídas. Pluma coral. Diadema de terciopelo negro y caída de flores de agabanzo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Dibujo chino para bordar el jarron para flores. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Traje para campo con listas blancas y rosa. La primera falda tiene un ancho volante al biés con doble rizado rosa. Túnica Maria Antonieta, guarnecida con rizados de tafetan rosa. Corpiño con peto y escote cuadrado, con encaje *Valenciennes*. Manga con volante. Sombrero de paja de arroz con margaritas y cintas rosa.

2.º Vestido de sultana gris plata. La primera falda con un ancho volante. La segunda corta por delante y cortada en ondas que tienen dos bie-ses y un volante rizado. Corpiño alto con berta-fichú de encaje y terciopelos negros. Cinturon y lazo de terciopelo negro. Manga bullonada con volante de encaje ó guipur. Gola Médicis. Sombrero de paja marron, con velo de gasa y rosas-té con caídas. Zapatos con lazo Fenelon.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

Vestido de fular malva. Falda lisa. Corpiño redondo adornado con bandas al biés, ondeadas, formando tirantes y hombreras. Caidas y aldetas de esto mismo: manga de codo ondeada y adornada con cartera, con dos cabecillas ondeadas, bordeadas con seda blanca, así como las del resto del traje. Peinado con bandos rizados: castaña elevada con tirabuzones en el centro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Jarron chino para flores. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Jardinera aparador. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 6.

Bordado para la jardinera. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 7.

Roseton de crochet. (Véase labores.)

SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO 37.

Al amigo y al caballo, no cansallo.

Nos ha remitido la solucion, la señorita doña Clotilde Boussingault.

ADVERTENCIA.

Las señoras suscriptoras que deseen completar la coleccion del FIGURIN para poseer la novela *El Libro del corazon* desde su principio, pueden dirigirse á esta Administracion pidiendo los números que les falten desde Octubre hasta fin de Abril, por la mitad de su precio, ó sea un real cada número de lujo, y medio real para los de económica.

Todas las personas que se suscriban por un año á la edicion de lujo obtienen de regalo un elegante tomo, encuadernado á la rústica, con multitud de grabados, original de la Baronesa de Wilson, titulado *El Camino de la Cruz*, y las que lo efectúen por un año á la edicion económica, obtienen un ejemplar de la *Galeria histórico-monumental de la Juventud*, que con tanta aceptacion publica don Rafael Laguna.

MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Rio, 24.